

### Capítulo III

## Lizardi y la ilustración: un coqueteo

*Mirjana Polić-Bobić*  
*Facultad de Filosofía y Letras, Zagreb*

El texto representa la tercera parte del análisis de las novelas de José Joaquín Fernández de Lizardi. En la primera parte (en SRAZ XXXVIII/93 pp. 75-91) se habla sobre la relación entre el discurso ficcional y la sociedad colonial; en la segunda parte (en SRAZ XXXIX/94, pp. 155-177) se plantea el análisis de las tres novelas del autor desde ese mismo punto de vista. En la tercera parte del análisis se establece la relación entre distintos aspectos del pensamiento ilustrado europeo y americano, y se habla sobre el lugar que tiene Fernández de Lizardi en ese contexto. En la conclusión se presenta un resumen del análisis realizado en las tres partes del texto y en base a él se propone una evaluación nueva y diferente de los textos analizados.

Las repetidas referencias de la crítica e historiografía literarias a la formación intelectual ilustrada de Fernández de Lizardi no concuerdan del todo con nuestro análisis de la concepción que el autor tenía sobre la función del discurso ficcional en el conjunto del interdiscurso cultural. Viviendo intensamente el final del período colonial y los albores de la independencia, Lizardi reúne tantas características de los dos periodos y por ello representa un fenómeno interesante. A la luz de ello, cabe investigar la relación entre algunas de las innovaciones que la Ilustración aporta a las bases del pensamiento político, económico, social y de las ciencias naturales en, y alrededor de, espacio cultural novohispano, y la forma en que estas innovaciones se inscriben en el discurso ficcional de nuestro autor. Su divulgación de las ideas de Ilustración entre los estamentos sociales que él había determinado como su lector ideal ha sido elevada por la historiografía literaria a nivel de misión:

Su carácter de predicador y misionero político formado en la escuela del enciclopedismo francés, su alta conciencia de los deberes intelectuales, y en especial, su función de educador... (Alegría: 1968, 19)

Es preciso señalar que la necesidad de afirmar el papel «misionero» al comienzo del siglo XIX, verifica la necesidad de educar al público en lo elemental del saber nuevo y contradice las tesis existentes, por ejemplo la de Luis Alberto Sánchez, sobre la solidez

del espíritu de una época marcada por la Ilustración. Por otra parte, estas interpretaciones implican una contradicción, puesto que no cuestionan la función ni el propósito de la exhuberancia del material educativo en el discurso ficcional, ideas que según opinan estaban ya difundidas entre los contemporáneos:

El Iluminismo está imbibido en todo hombre de la época, se escapa hasta por las costuras del relato, plagándolo de párrafos a menudo impertinentes. (Sánchez, L. A.: 1968, 112)

El calificativo «misionero» de la cita anterior resulta sintomático en más de un sentido: aparte de denotar inconscientemente que al comienzo del siglo XIX, buena parte de la sociedad mexicana era tierra virgen para propagar *las luces*, revela a su vez el tipo de comunicación social que se consideraba apropiado. Este misionarismo implica a un predicador ilustrado y unos oyentes que ignoran absolutamente la materia y por lo tanto, el diálogo social está excluido en favor de una forma específica de monólogo. Varias de las citas entresacadas de las novelas en el capítulo anterior indican que Lizardi asume esta autoridad rectora en su intento de divulgar el pensamiento ilustrado entre los sectores relativamente vastos de la sociedad (Sánchez lo llama «sociólogo», refiriéndose obviamente a su misión social). Sin duda un análisis de otros espacios culturales que, como el novohispano, están en las márgenes respecto a los centros de las hegemonías occidentales, revelaría analogías sobre este desfase de sectores sociales y culturales. Las novelas de Lizardi permiten conocer formas específicas de la Ilustración mexicana a través de las divergencias entre los «modelos» abstractos y sus variantes locales, nos acercan a una comprensión más plausible y nos permiten valorar las diferencias. Nos apartaríamos así de los estudios que buscan exclusivamente aquellos rasgos que pueden acercar e identificar los dos polos: el modelo ideal abstracto proveniente del centro cultural hegemónico y la variante que se da en la periferia del vasto y multiforme espacio colonial. En este sentido, la investigación de lo que un autor define como las necesidades de su público lector puede resultar importante para delinear con mayor precisión las diferencias. Y son estas diferencias lo que los planteamientos historiográficos globales no siempre pueden abarcar adecuadamente.

La visión de conjunto más difundida en la historiografía define el siglo XVIII como época de consumación de la Ilustración *desde arriba*. En caso de que esto correspondiera a los innumerables casos parecidos al del nuestro autor, él debería pertenecer por lo menos a la segunda generación de la intelectualidad ilustrada novohispana. Vicens-Vives sostiene la legitimidad de la división del Siglo de las luces, el siglo XVIII español, en dos partes, marcando como línea divisoria la ascensión al trono de Carlos III. en 1759, quien promueve cambios sociales y administrativos de distintos órdenes, inspirados en el pensamiento político y económico ilustrado. La centralización del poder - condición previa básica para todos los demás cambios - aparte de ser decisiva para la parte europea del imperio, limitado entonces a su territorio ibérico que de acuerdo con el pensamiento político ilustrado iba a funcionar como nación moderna, tuvo consecuencias bastante distintas de las previstas por el proyecto en la parte ultramarina del imperio. En la Península, la reducción de la extensión geográfica fue tomada como pérdida dolorosa por los sectores conservadores de la sociedad, mientras que los sectores liberales, influidos por las nuevas teorías económicas y políticas, minoritarios aunque encabezados por personalidades influyentes - Jovellanos, Aranda y otros más - procuraban sacar de ello el provecho

para el estado. Debates públicos, inaugurados en la sociedad española por primera vez después de los debates públicos sobre las modalidades de la evangelización de los indios, llevados a cabo a mediados del siglo XVI., representan los comienzos de los partidos políticos de la España del siglo XX. Es la época que, diciéndolo con Lázaro Carreter «...en todos los órdenes, constituye la línea de partida de la cultura moderna.» (Lázaro Carreter, F.: 1985, 39)

La repercusión de estas polémicas sobre los nuevos modelos políticos, económicos y culturales a América se manifiesta como paradójico desde el punto de vista de las intenciones del gobierno e ideólogos ilustrados peninsulares. La realización parcial de las reformas no resultó en un refuerzo del imperio, sino que ayudó a su disgregación y a la final independización de las posesiones ultramarinas. Aunque hoy día puede parecer como prueba de la ceguera política de la Corona, o, desde otro punto de vista, como la única consecuencia lógica de la Ilustración, la información y explicación allí donde éstas faltaban, las reformas económicas contribuyeron a fomentar la emancipación de las colonias. Las explicaciones de la independencia americana como fruto de las ideas de la Revolución francesa, de la educación ilustrada de los criollos ricos, en sí demasiado cuantitativistas y amantes de la causalidad, descuidan en buena medida esta nueva actitud anti-mercantilista hacia las colonias por parte de España, dejando así en penumbra una serie de hechos y situaciones históricas relevantes. Donde repercutió fuertemente la aplicación de este esquema fue en las interpretaciones del contexto socio-cultural de las obras literarias de la época.

El discurso ficcional de Lizardi continúa a la fecha como ejemplo de una aplicación mecanicista del esquema por medio del cual la problemática social representada en un texto literario está reducida a la tensión entre los dos polos perfilados en la sociedad mexicana: el oprimido y el gobernante, implicando que la anulación de este orden significa la institución de la justicia social. Por ejemplo, si no leemos los textos de Lizardi, y si leemos la historiografía existente, la insubordinación intelectual que la Colonia empieza a demostrar hacia la Península empieza a despuntar también de aquéllos si del conjunto entresacamos ejemplos de tal manera que no se vea el contexto en que se encuentran. La insubordinación mencionada de hecho existía, pero tenía otro perfil y no fue unánime, ni los sectores, bien divisibles entre sí, suponían bajo ella los mismos procedimientos, metas y presupuestos ideológicos. Aunque al final las diferencias entre la educación de un Miranda o Bolívar, el sincretismo racial y cultural propagado por los jesuitas, las inquietudes intelectuales de tipo enciclopedista de los científicos y el saber histórico de las generaciones de criollos marginados confluyeron hacia metas políticas que ahora parecen análogas o parecidas, las diferencias entre los programas políticos provenientes de sus posiciones no tardaron en verse en las relaciones entre distintos sectores sociales en los años que siguieron a las guerras de Independencia. Es en este punto donde mayor diferencia se perfila entre Lizardi y la «gran Ilustración», tomando bajo ésta las corrientes en el pensamiento político articulado alrededor de los ideólogos o políticos dominantes, círculos científicos ilustrados en el seno de la alta burguesía criolla en las ciudades americanas y en las famosas tertulias. Todo parece demostrar que nuestro autor no estaba consciente de los cambios políticos, inevitables en aquel momento; sus titubeos en torno a las soluciones políticas que presenta, aparte de la proclamada simpatía por el liberalismo de la Constitución de Cadiz en su periódico «El Pensador Mexicano», revelan la ausencia de

una actitud política coherente y, más todavía, sus reservas para con la causa de la Independencia. Lizardi no duda en rechazar la fuerza como medio de lucha política. Al referirse a los encuentros sangrientos entre los sublevados y las fuerzas del régimen, no los sanciona por agredir contra la integridad del individuo a partir de la ideología liberal en la que se apoya en otros momentos, sino recurriendo a una cita de Erasmo:

Con más valentía pintó Erasmo todo el horror de la guerra, y se esfuerza cuando habla de las guerras civiles. *Común cosa es - dice - el pelear: despedázase una gente con otra, un reino con otro reino, príncipe con príncipe, pueblo con pueblo, y lo que aún los étnicos tienen por impío, el deudo con el deudo, hermano con hermano, el hijo con el padre; y finalmente, lo que a mi parecer es más atroz, un cristiano con un hombre: y ¿qué sería (dígolo por la mayor de las atrocidades) si fuese un cristiano con otro cristiano?* («Periquillo Sarniento», 921)

Volviendo a nuestras referencias constantes al siglo XVI., al espacio que en aquel entonces llega a ocupar el texto ficcional y a la perduración de este esquema social y cultural en la Colonia, hay que añadir que para la formación mental e intelectual de Lizardi eran importantes dos períodos: su propia época, y las autoridades que se imponen en la sociedad americana del siglo XVI. Mientras que el pensamiento ilustrado capta todas sus energías y su vida intelectual *flota*, por así decirlo, sobre la espuma de su propia variante de este pensamiento, su conocimiento del siglo XVI. equivale a una suma de conocimientos que va desde la erudición - como en el caso de la cita de Erasmo - hasta algo que podríamos definir como un saber y una forma de ser adquiridos con la educación y una suma de conocimientos que representan el bien común en su medio ambiente. En cuanto a lo segundo, resulta sintomático el uso del término *comunero*, i. e. sublevado contra la Corona, para los insurgentes, por asociación a los comuneros y las comunidades sublevadas de Castilla en el siglo XVI. La dicotomía existente en el pensamiento de Lizardi entre la convicción de que todos los modelos sociales necesitan cambios profundos por una parte, y el miedo al cambio de la estructura social global por la otra, puede parecer paradójica. En el último volumen de «Periquillo Sarniento» hay indicios evidentes del temor que la novela contribuyese a radicalizar la opinión pública en materias políticas. Por esto el autor hace explícitos los peligros que genera este tipo de debates:

!Cuántas reflexiones pudiera hacer os sobre el origen, progreso y probables fines de esta guerra! Muy fácil me sería hacer una reseña de la historia de América y dejaros el campo abierto para que reflexionárais de parte de quien de los contendientes está la razón, si de la del gobierno español o de los americanos que pretenden hacerse independientes de España; pero es muy peligroso escribir sobre esto, y en México en el año de 1813. No quiero comprometer vuestra seguridad, instruyéndoos en materias políticas que no estáis en estado de comprender. (920)

Una explicación plausible de esta paradoja aparente puede ser que Lizardi no reconocía el movimiento insurgente como un agente social y político capaz de imponer un marco en que la sociedad podría cultivar las formas de vida y relaciones que él promovía. Es a la luz de esta dicotomía que sus referencias constantes a las razones que indirectamente hablan en pro de la independencia se parecen más a un coqueteo intelectual que a una convicción profunda:

Muchas naciones han sido y son ricas sin tener una mina de oro o plata, y con su industria y trabajo saben recoger en sus senos el que se extrae de las Américas. La Inglaterra, la Holanda y el Asia son bastantes pruebas de esta verdad; así como es evidente que las mismas Américas, que han vaciado sus tesoros en la Europa, Asia y Africa, están en un estado deplorable. (710)

Mientras que esta declaración de la aceptación del fisiocratismo va de acuerdo con su idea del estado y el ciudadano reformados, y mientras que apoya la crítica de las costumbres arraigadas entre los criollos, el autor no aclara en ningún momento su postura hacia el colonialismo a la luz de, o en relación con, esta doctrina económica. La serie de críticas directas al sistema gubernamental y a la división de poderes y privilegios en la sociedad hispana, proferidas por boca del gobernador de la isla oriental, al igual que las referencias irónicas a las limitaciones a que está constreñido el criollo en «Don Catrín de la Fachenda», revelan la preocupación por lo que se puede definir como la esencia del problema americano, pero Lizardi obviamente no puede imaginar la división del imperio español en dos. Se siente como integrante del mundo hispano en que las nociones de «americano» y «español» designan dos identidades que forman un todo, y propone como medidas eficaces las reformas sociales y educación del ciudadano, y no la independencia y cambio del sistema político. En la línea de la Ilustración, opina que la educación, el sentido común y el bien pueden renovar la vida social. Es sintomática, en medio de los numerosos y detallados consejos prácticos y disquisiciones teóricas sobre las formas ideales del gobierno, la ausencia de cualquier alusión a las reformas administrativas emprendidas en los virreinos en la segunda parte del siglo XVIII. por el gobierno ilustrado, que los historiógrafos ven como una de las razones básicas del descontento criollo. El abismo que existe entre las ideas que promueve en forma sintetizada y las soluciones que sugiere por medio de la trama de sus novelas no oscurecen ni ponen en duda la sinceridad de su convicción ideológica ni su fe en el progreso de la sociedad. Lo que hoy puede parecer como inseguridad o inestabilidad de la posición ideológica no es (salvo casos claros de conversión) otra cosa más que un producto sincrético de aceptación de buena fe de lo nuevo, o «novador», diciéndolo a la antigua, con el aparato epistemológico proveniente de la época pasada. Su simpatía desmesurada por la nueva Constitución, anterior a los intentos de aplicación del pensamiento social reformista a la situación concreta (que es lo que hace Lizardi en las tres novelas) resulta ser neutralizado casi por completo bajo el peso de la herencia espiritual del mundo hispano presente en su mentalidad, que aparece en el momento en que quiere resolver un problema social concreto en un ambiente específico:

Cuando todo ciudadano llegue a entender que mediante este precioso código es el hombre libre; que se le han restituido sus derechos y puesto a cubierto de la tiranía y despotismo de los que otras veces habían abusado de su autoridad y en sus perjuicios; (...) en la nación reside la soberanía y en el rey la autoridad suprema; con la diferencia de que la soberanía de la nación es esencial, propia e independiente y la autoridad del rey es accidental y dimanada de la nación. («El conductor eléctrico» en «Obras», IV, 263)

La ausencia de puente entre la base ideológica del programa que propone, de los extensos consejos para las reformas en los campos jurídico y administrativo por un lado, y por el otro, las situaciones concretas que señala como críticas, representa uno de los casos más pronunciados de este desacuerdo, visible en toda la obra narrativa de «Lizardi político». Uno de los mejores ejemplos de ello está en la incompatibilidad entre la declaración en pro de la igualdad de razas por medio del episodio del «negro noble» en «Periquillo Sarniento», y la fuerte jerarquía social, que incluye discriminación racial, de los esquemas sociales que propone. Los esquemas sociales presentados en las novelas de Lizardi llegan a reducir la noción del individuo ilustrado

a uno, un individuo colocado en la posición que de acuerdo con la jerarquía social tradicional tiene la autoridad necesaria para imponer su opinión. En las novelas aparece un número de personajes encargados de la educación que desempeñan esta función exclusivamente porque en el sistema social vigente tienen la posición autoritaria. La mujer, el indio o la masa son invariablemente despreciables:

¿Quién hace caso *le dije* del vulgo, cuando sabemos que es un monstruo de muchas cabezas con muy poco o ningún entendimiento? El vulgo se compone de la gente más idiota del pueblo, y ésta, no conociendo las leyes de la crítica, discurre por las primeras apariencias que le muestran los objetos materiales que se le presentan, y como sus discursos se arreglan a la recta razón, las más veces son desatinados, y los forma tales con la misma ignorancia que un loco; pero así como no debemos agraviarnos por las injurias que nos diga un loco, porque no sabe lo que dice, tampoco debemos hacer aprecio de los dicerios ni opiniones perversas del vulgo, porque es un loco y no sabe lo que piensa ni lo que habla. («Periquillo Sarniento», 886)

La tarea que se propone Lizardi consta en algo mucho más arduo y difícil que un cambio político, y es el cambio de las mentalidades que hace falta emprender entre todos los estamentos sociales, pero siempre, por así decirlo, *desde arriba*:

He puesto al presente periódico el altisonante título de «Conductor Eléctrico», porque así como este instrumento sirve para recibir el fluido íqueo y conducirlo adonde se quiere, así yo deseo que este periódico sea un conductor por donde se comuniquen muchas verdades al gobierno y al pueblo con la misma violencia, si es posible, que el fluido eléctrico; (...) Procuraremos que las materias que contenga sean interesantes, útiles, y, por lo menos, divertidas. Todo lo que pertenezca al orden público y al beneficio de la sociedad será digno objeto de nuestra atención y nuestra pluma. («El conductor eléctrico», No 1, Obras IV, 257)

Su consideración de las lagunas en los conocimientos de los integrantes de la sociedad americana coincide con las estimaciones de Bolívar sobre la capacidad real de éstos de entrar activamente en la vida política a nivel nacional tanto como el internacional: «Los americanos han subido de repente y sin conocimientos previos (...) sin la práctica en los negocios públicos», escribirá Bolívar en 1815. El buscaba en primer lugar el apoyo de las élites urbanas. Su educación europea no encontraba resonancia entre aquellos estamentos que se apoyaban en los poderes militares locales, o los de la concepción ideológica y estratégicamente confusa sobre la rebelión contra el poder colonial. Los estáticos esquemas sociales americanos resultaron ser trampa no sólo para él, sino para aquellos criollos ilustrados que conocieron y pudieron juzgar otros sistemas políticos y culturales, asumiendo así automáticamente una actitud dinámica hacia lo propio. La carta de Francisco de Miranda dirigida a Cagigal es uno de los ejemplos del cultivo celoso de una educación moderna que le permitía corresponder con el mundo europeo, pero a la vez con muy pocos miembros y círculos de su propia sociedad:

«Con este designio he cultivado de antemano con esmero los principales idiomas de la Europa que fueron la profesión en que desde mis primeros años me colocó la suerte y el nacimiento. Todos estos principios (que aún no son otra cosa); toda esta simiente que, con no pequeño afán y gastos, se ha sembrado en mi entendimiento por espacio de treinta años que tengo de edad, quedaría desde luego sin fruto ni provecho por falta de cultura a tiempo: la experiencia y conocimiento que el hombre adquiere visitando y examinando personalmente con inteligencia próspera en el gran libro del Universo. Las sociedades más sabias y virtuosas que lo componen; sus leyes, gobierno, Agricultura, Policía, Arte Militar, Navegación, Ciencias, Artes, etc.» (*Apud* Picón-Salas: 1969, 181)

El espacio en que se desenvuelve el escritor y periodista Fernández de Lizardi prácticamente no coincide con el que ya anteriormente - o simultáneamente - habían

ocupado los grandes ideólogos y caudillos de la Independencia, en cuanto a las soluciones a nivel continental así como en cuanto a lo que corresponde a la educación política. Con él lo ilustrado gana un territorio nuevo, no sólo por haberse introducido en el discurso ficcional, sino porque tanto en el discurso ficcional en el sentido estricto (i. e. novelas) como en sus periódicos, Lizardi *desmenuza* los temas y puntos de vista nuevos en forma de ejemplos que a él le parecen adecuados, lo cual no practicaban los individuos o grupos ilustrados socialmente destacados. En cuanto al espacio geográfico en que se desenvuelve Lizardi, él corresponde en primer lugar a la Ciudad de México y a los espacios urbanos aledaños, aunque esporádicamente se refiere al «reino» (cf. «Don Catrín de la Fachenda») o, todavía menos, a la «nación americana», es decir, a la España ultramarina. Aunque fue alumno de San Ildefonso y de la Compañía de Jesús, sus referencias a la nación americana no declaran ni insinúan ningún elemento de la concepción que de la nueva nación mexicana habían desarrollado los jesuitas, en aquella época ya expulsos y activos sólo en Europa. Desconociendo - o tal vez creyendo ineficaz - la concepción dieciochesca de la nación como una de las conquistas definitivas del nuevo pensamiento político y de la práctica social nueva, se siente capaz de identificarse sólo con lo que abarca la vasta área cultural y política de que forma parte. El desacuerdo entre el planteamiento del *negro noble* y los comentarios sobre la sorprendente «normalidad» del indio que comparte con Periquillo la celda en la cárcel mexicana no es un descuido accidental del narrador; la nobleza del negro tiene la tarea de destacar la crueldad de las áreas culturales y civilizaciones que quedan del otro lado de las murallas que circundan la civilización hispana, igual que la peregrinación de Alonso Ramírez a finales del siglo XVII. en la novela de Sigüenza y Góngora. Al igual que el autor barroco, Lizardi plantea la oposición entre las dos civilizaciones en las diferencias básicas entre las religiones que las definen y, por consiguiente, en las diferencias que en las dos se aprecian en la actitud hacia las razas diferentes. Por esto no habrá inconveniente de que el negro, después del incidente en que el inglés lo quiere humillar, sintetice las diferencias en las actitudes contemporáneas hacia la esclavitud de tal manera que las diferencias del mundo hispano sean evidentes:

Es verdad que los gobiernos cultos han repugnado este ilícito y descarado comercio, y sin lisonjear a España, el suyo ha sido de los más opuestos. Usted - me dijo el negro - usted como español sabrá muy bien las restricciones que sus reyes han puesto en este tráfico, y sabrá las ordenanzas que sobre el tratamiento de esclavos mandó observar Carlos III.; pero todo esto no ha bastado a que se sobreesa en un comercio tan impuro. («Periquillo Samiento», p. 716)

Subsumiendo su pequeño territorio al de la totalidad del mundo hispano, recurre fielmente a la Constitución de Cádiz siempre que quiere destacar la importancia de la libertad y seguridad individual. De acuerdo con sus principios, la libertad sólo puede realizarse por medio de una relación lógica entre el soberano y los individuos, basada en la reciprocidad:

Ningunas cortes de cuantas se han celebrado han sido tan generales, tan facultadas y tan en beneficio de la nación. En todas han hablado los diputados en pro de sus respectivas provincias; pero en estas todas generalmente han perorado en favor de toda la nación. En muchas de las anteriores han quedado los diputados muy satisfechos de haber conseguido para sus lugares un título de «villa» o de «ciudad» o un jeroglífico de armas, cosas que, a la verdad, maldito el provecho que traen a la población ni al ciudadano. (...) Lo que le interesa es tener un gobierno protector que lo defienda del malvado; un gobierno piadoso que le modere en cuanto pueda las contribuciones; un intendente activo y celoso del bien común que no permite resgatones que le encarezcan los víveres y lo maten de hambre; (...)

esto es lo que importa, y esto es lo que han tenido presentes las cortes al formar esa Constitución que sabe conciliar la subordinación con la independencia y la sujeción con la suspirada libertad; esa Constitución, en fin, que nos acaba de transformar de esclavos en vasallos. («Pensador Mexicano» No 3, en «Obras» III, pp. 48-49)

Lizardi no aclara a quién sobreentiende bajo «nosotros», obviamente porque no ve en ello el problema que se plantean sus lectores de hoy, conscientes de la complejidad racial de la sociedad colonial americana. Sin embargo, la problemática social tematizada en las novelas deja patente de manera indirecta su concepción del círculo social a que pertenece: son los estamentos sociales americanos blancos, es decir, los que en la sociedad americana, ya bastante mixta desde el punto de vista racial en aquel entonces, realizaban los derechos y compartían las costumbres de estos estamentos. Las llamadas «castas», es decir, sus integrantes, existen en las novelas de Lizardi de una manera vaga y esporádica, como un marco necesario para hacer resaltar algo que pertenece al mundo de los blancos, o bien como un fondo que se sobreentiende necesario para que éste pueda funcionar. De las preferencias que demuestra dentro del campo que - por la extensión con que lo trata - considera muy importante, y son las innovaciones legales referentes a la problemática social existente, se nota que lo que más le interesa son aquellas cuestiones que pueden mejorar la situación de esta categoría social y que en ello no insiste en las diferencias existentes entre los españoles que viven de los dos lados del Atlántico. Las leyes que sancionan la posición del criollo, y que son la causa del estado de las cosas que critica e intenta mejorar, no merecen más que vagas alusiones irónicas por parte de Don Catrín de la Fachenda. La serie de historias intercaladas en la biografía de Periquillo que comprueban las consecuencias trágicas del sistema de mayorazgo, algunas de ellas referentes a la posición de la nobleza - cuestión mucho menos relevante para el mundo ultramarino que para el peninsular - representa la prueba obvia que Lizardi tenía una concepción distinta del espacio geográfico (y civilizacional) a que pertenecía, de aquel que se le ha venido adscribiendo por la crítica y la historiografía literaria nacional después de su muerte. La *gente razonable*, categoría que en las novelas de Lizardi se reserva el derecho de dar consejos sobre la problemática legal, es fácilmente reconocible como portavoz de las ideas expuestas en «Librería de escribanos» de José Febrero (Madrid, 1769), y popularizadas por Marcos Gutiérrez en «Febrero ilustrado»; la falta de la visión del conjunto social e imposibilidad de la sintetización del pensamiento que a él se refiere, causado justamente por la concepción sectaria que necesariamente tiene, impulsa a nuestro autor a identificar los problemas sociales novohispanos con lo que el célebre manual ofrece para demostrar los principales abusos del sistema legal vigente que sólo en parte, y no de la misma forma, corresponde a la realidad del espacio en que vive.

A la luz de la identidad que Lizardi siente como suya propia vale la pena destacar y contraponer dos temas que hace suyos y que lo acercan a los debates europeos de la época sobre América y lo americano. El primero consta en la apreciación real de las capacidades del americano, sirviéndose de nuevo del procedimiento dieciochesco de la perspectiva de integrante de otra(s) cultura(s): en los números 18 y 19 de «El Pensador Mexicano» aparece el diálogo entre un francés y un italiano sobre las características de los americanos. Tratando de acentuar en primer lugar lo que ve como los menoscabos de sus compatriotas define las características claves de la mentalidad novohispana:

Los americanos se aprecian de muy amantes a su patria; pero son muy desamorados con sus paisanos. Allí no verá usted que un americano rico auxilie ni socorra al pobre, aunque sea su pariente; el



paisanaje no influye nada en corazón de aquellos egoistas; no verá usted sino mil infelices abatidos no sólo por sus paisanos, sino por sus parientes acomodados, y verá usted que estos prefieren a los extraños a los mismos suyos cuando se ofrece destinarlos en alguna tienda, hacienda, etcetera. Los americanos son dóciles; pero su docilidad pasa en algunos a una cobardía vergonzosa. Son valientes, pero arrojados hasta el extremo de locura. En el tiempo de la insurrección se oían algunas hazañas semejantes a las que se leen en los doce pares de Francia: el resultado es salir mal las más de las ocasiones: Los americanos son muy religiosos y católicos, pero tienen algunas supersticiones de que necesitan purgarse, especialmente los pobres y las mujeres. (...) No es lo peor que los americanos tengan estos defectos; lo endiablado es que no los conocen, y como no los conocen, no procuran salir de ellos. («Obras» III, 271-272)

Es imposible saber hoy la medida en que Lizardi estaba informado sobre los debates en Europa acerca de la totalidad del espacio americano partiendo casi siempre de los presupuestos epistemológicos que a través de cualquier mención de o referencia a lo americano condenaban, o bien defendían, la práctica colonialista española. Sea por autocensura o porque la *otredad* americana en la concepción de nuestro autor se reducía a la defensa de la abolición de esclavitud (lo cual se comprueba como razón fuerte para la censura de la novela, aunque España en el año 1815 firmara la Convención de Viena - antes de que el asunto apareciera en la novela de Lizardi) el argumento en pro de *otra nación y cultura* se reduce a la raza negra en un sentido abstracto, y no al negro mexicano, y menos aún al indio, que vivía al lado de nuestro autor. Así será el comerciante negro de Manila quien dirá:

Yo entiendo que el fondo del hombre está sembrado por igual de las semillas del vicio y de la virtud; su corazón es el terreno oportunamente dispuesto a que fructifique uno u otra, según su inclinación o su educación. En aquella influyen el clima, los alimentos y la organización particular del individuo, y en ésta, la religión, el gobierno, los usos patrios, y el más o menos cuidado de los padres. Luego nada hay que extrañar que varíen tanto las naciones en sus costumbres, cuando son tan diversos sus climas, ritos, usos y gobiernos.

Por consiguiente, es un error calificar de bárbaros a los individuos de aquella o aquellas naciones o pueblos que no suscriben a nuestros usos, o porque no los quieren admitir. Las costumbres más sagradas de una nación son tenidas por abusos en otras, y aún los pueblos más cultos y civilizados de Europa, con el transcurso de los tiempos, han desechado como inepcias mil envejecidas costumbres que veneraban como dogmas civiles. («Periquillo Sarmiento», 718)

Para dar crédito a estos argumentos en un contexto que no prescinde de autoridades siempre que puede, el negro menciona «...plumas sabias y sensibles», introduciendo así el criterio de la *sensibilidad*, que Lizardi desarrollará más tarde en «Noches tristes y día alegre». Entre las autoridades en la materia cita a Buffon, nombre suficientemente desconocido en América para ser meta de la censura y evitando - tal vez por desconocerlos - la mención de las autoridades indiscutibles, tales como Rousseau, que hubieran podido ser la meta de la censura colonial.

El silencio absoluto de nuestro reformista sobre los argumentos y campeones de los debates sobre el indio americano y sobre América como la *otredad* por excelencia averigua la vieja verdad que los indios y los castas no interesaban a los pensadores americanos de la época como una entidad en sí, sino como un elemento al que se podía aplicar un programa político. El padre de Periquillo los menciona como objeto de una tarea importante de los integrantes de distintas órdenes religiosas, quienes deben atraerlos a la religión católica con argumentos y de manera pacífica, conviviendo con ellos en sus pueblos o comunidades. El indio que aparece en las novelas de Lizardi es esencialmente positivo, mejor dicho, él funciona como un medio silencioso que hace destacar la insensatez de los protagonistas: los indios que ayudan a la Quijotita son

generosos, pero mudos para el mundo de los blancos porque no hablan el idioma por excelencia: el castellano. Los indios que corren a Periquillo disfrazado de médico son justos y valientes, pero deben expresarse por medio del traductor. Desprovistos de este medio de comunicación, de nuevo quedan relegados al plano episódico. En otra ocasión, Periquillo queda maravillado al darse cuenta que el indio que comparte la celda con él demuestra juicio sano y lo sabe expresar en castellano. Estos episodios, escasos y anecdóticos, posiblemente equivalen a un descuido epistemológico en forma de solución ingeniosa en el decurso de la trama. Sin embargo, nos parece mucho más factible otra explicación: la introducción del indio como personaje hacia el final de la novela, y *por la puerta trasera*, por así decirlo, posiblemente revela el germen de una convicción que el autor todavía no quiere o no es capaz de articular: lo que posiblemente sugieren los episodios es que un puente, un tipo de comunicación entre blancos e indios probablemente demostraría a aquéllos que los indios son seres razonables, lo cual derogaría la base para la discriminación centenaria arraigada en la mentalidad del blanco americano. ¿Buena base para una aproximación al indio en cuanto individuo, o reflejos vagos de la nueva sensibilidad europea basada en las reflexiones sobre el buen salvaje? Puesto que no podemos averiguar las fuentes que estaban al alcance del autor la afirmación de cualquiera de estas dos hipótesis carecería de fundamento sólido, pero la perspectiva que abren estas dos posibilidades afirma la postura individualista y liberal del autor. En base a su concepción del mundo hispano como un todo, podríamos suponer que su visión de una integración posible de estos elementos marginados a lo que el ve como *la sociedad* debería efectuarse de tal manera que la población indígena acepte la cultura colonial reformada.

A la luz de ello, resulta posible imaginar su rechazo de la idea del sincretismo cultural de los jesuitas mexicanos expulsos, si es que la conocía. Aunque su silencio respecto a éstos también se podría adscribir a su respeto por la hostilidad de las autoridades gubernamentales hacia la renovación de la idea milenarista por parte de los jesuitas, la fuerte conciencia del deber ciudadano de actuar de acuerdo a las propias convicciones, que en otras ocasiones llevó a Lizardi a defender a Hidalgo y a los francmasones entre la enemistad general, no habla en pro del argumento del miedo a la censura, que tantas veces le fue contribuido por la crítica.

La intención de los jesuitas de afirmar la identidad mestiza de la cultura y *raza* americanas siguió viviendo fuera e independientemente del espacio cultural americano, y éste en su mayor parte a los comienzos del siglo XIX. ya no estaba consciente de él. Así la «Storia antica del'Messico» de F.X. Clavigero, anterior a Mier, Miranda y Bolívar, repercutió directamente en los debates sobre América que se llevaron a cabo en Alemania, contradiciendo las tesis hegelianas sobre la inferioridad de la geografía americana y los argumentos de De Pauw, a su vez una re-elaboración de los argumentos del círculo de Sepúlveda en el siglo XVI. Resulta imposible compaginar cualquier elemento del programa político jesuita, que quiere desarrollar una fuerte conciencia americana, i. e. mexicana, con las tendencias políticas e ideológicas de Lizardi, basado en el individuo como centro de interés. El padre Clavigero toma México, y no todo el mundo hispano, por su patria. Sin embargo, su concepción de la nación tampoco es idéntica a la concepción dieciochesca europea. El no imagina la nación como una entidad unida en base al territorio que habita a pesar de haber firmado su obra como «mexicano»: los criollos son para él «mis nacionales», y sólo los indígenas son

«mexicanos». La táctica que se trasluce a través del esquema así establecido busca el efecto que la Compañía de Jesús había logrado entre diferentes estamentos sociales novohispanos: destacar la condición de mexicanos y de oprimidos a la vez, dividir el elemento demográfico novohispano - y americano en general - en vencedores y vencidos. Mientras que Lizardi llama «comuneros» al ejército de los desaharrapados rebeldes de Hidalgo, Clavigero plantea la personalidad histórica de Cortés (divinizada cien años antes por Sigüenza y Góngora, aspirante eterno a la Compañía de Jesús) como conquistador: «El rey de México, a pesar de las grandiosas promesas del general español, fue pocos días después puesto ignominiosamente en tortura» (Clavigero, 1987) Aunque se sirve de los escritos de Sigüenza y Góngora para reconstruir el panteón precortesiano, no compara las deidades de aquellos tiempos con las deidades de la Antigüedad como lo hacía el autor del Barroco. Instrumentaliza las características de aquellos de tal manera que éstas destaquen la condición de México como espacio ocupado y desposeído de su verdadera identidad. La estrategia de la Compañía de Jesús en la Nueva España comprueba indudablemente el arraigo del planteamiento barroco del manejo de la voluntad del pueblo mucho después de terminar el siglo llamado barroco:

... dirigir a los hombres, agrupados masivamente, actuando sobre su voluntad, moviendo a ésta con resortes psicológicos manejados conforme a una técnica de captación que, en cuanto tal, presenta efectivamente caracteres masivos. (Maravall, J. A.:1986,175)

Los síntomas del anti-racionalismo que la pervaden y la necesidad de identificación con una mitología en curso de creación, tanto como la concepción opuesta de patria, círculo cultural y autoridad suprema, colocan la concepción americanista de los jesuitas en el polo opuesto a las soluciones que promueve Lizardi. Aunque adicto de la autoridad sea cual quiere su forma: texto escrito, jerarquía política o familiar; aunque pida rigor y disciplina en el pensamiento y en los actos, en las cuestiones de la religiosidad sigue el modelo esencialmente contrarreformista a pesar de las críticas del «noble oriental». Sin embargo, está convencido que está educando las mentalidades para el racionalismo: aboga por lo que entiende por racionalismo, lo cual en el aspecto religioso significa en primer lugar la ausencia de todo tipo de supersticiones en la conducta social diaria que en buena parte regían el comportamiento diario, ritualizándolo hasta el extremo. Su ideal es el progreso realizado con pasos pequeños: industria y sobriedad, modestia en los gastos que nunca deben sobrepasar las posibilidades reales, distribución del trabajo entre marido y mujer, distribución de los deberes en la educación de los hijos. Una vez arregladas las relaciones familiares, se arreglará la supraestructura puesto que la familia representa la base de la vida social. Los consejos para las estructuras gobernantes, emitidos otra vez por boca del «noble oriental», son operacionalizables sólo en la sociedad que supone súbditos de conducta corregida de acuerdo con los consejos de nuestro novelista. El esquema así construido no deja lugar a mitologías y teme los desórdenes sociales en tanto que consecuencias posibles de la promoción de aquéllas. En esto estriba la oposición básica entre el pensamiento social de los jesuitas y de Fernández de Lizardi, su antiguo alumno. Actuando *desde arriba*, pero a la vez desde dentro de la sociedad misma, Lizardi inaugura una metodología muy poco presente en la América de sus días. El México de los pordioseros, desaharrapados, hambrientos, mutilados y de los de la mala vida, de las formas obsoletas de la vida rural y urbana, que asoma en cualquiera de los párrafos de sus relatos, contradice también la visión

más famosa de la Ciudad de México, la de Humboldt, que además de numerosas contribuciones valiosísimas para una posible historia de la vida diaria del virreinato, trae una visión acentuadamente impecable - y parcial - de esa misma ciudad:

«Por una reunión de circunstancias poco comunes, he visto consecutivamente y en un corto espacio de tiempo, Lima, México, Filadelfia, Washington, París, Roma, Nápoles y las mayores ciudades de Alemania. Comparando unas con otras las impresiones que se suceden rápidamente en nuestros sentidos, se puede llegar a rectificar una opinión que acaso se ha adoptado con demasiada ligereza. En medio de las varias comparaciones, cuyos resultados pueden ser menos favorables para la capital de México, debo confesar que esta ciudad ha dejado en mí una cierta idea de grandeza, que atribuyo principalmente al carácter de grandiosidad que le dan su situación y la naturaleza de sus alrededores.» (Humboldt, A. von: 1984,119)

Su apoteosis de la Ciudad de México como capital del hemisferio occidental con su escuela de minería, sus bibliotecas y otras instituciones, características de su alto nivel cultural, tiene finalidad determinada: subrayar las diferencias fundamentales entre la colonización española y las demás, en primer lugar la inglesa, en los siglos pasados, destacando así las ventajas de aquélla sobre éstas. Su amor por lo americano, proveniente de las lecturas de las obras de los jesuitas y reafirmado en sus investigaciones de la naturaleza americana, así como su promoción abierta de una independización pacífica incluyen también el silencio sobre las diferencias terribles y las tensiones sociales en la Nueva España. Esta actitud, teñida fuertemente del idealismo que dio el impulso vital a sus viajes e investigaciones por el Nuevo Mundo, le impidió reconstruir en sus escritos las verdaderas relaciones entre los grupos sociales. Sus relaciones con la élite criolla y la identificación con las razones de su descontento resultan ser manifestación ejemplar de lo que Todorov llama «buena conciencia del colonizador», actitud establecida por el Occidente hacia los otros espacios culturales, es decir, «... une adhesion affective a la cause des «opprimés», secondée par une reconnaissance de fait a leur égard, et suivie par un éthoncentrisme naïf» (Todorov, T.: 1984, 129). El entiende la causa, pero no conoce del todo su contexto social e histórico. Respetando los logros de la intelectualidad urbana, que en su opinión forman una base sólida para la evolución de la sociedad, él identifica el papel de ésta con el papel que ella hubiera podido tener en la sociedad europea, pero nunca en la propia. Esta postura no manifiesta desprecio ni minusvaloración de las fuerzas potencialmente caóticas de la sociedad americana por parte de Humboldt, sino su convicción de que la riqueza del subsuelo y naturaleza americanos, los axiomas de la civilización colonial americana definidos por la naturaleza de la conquista española, el desarrollo de las ciencias en los círculos eruditos urbanos y otros elementos representan en sí la garantía del progreso de la sociedad americana. Sea por descuido - posible entre tanto entusiasmo - o porque sus estimaciones y observaciones globalistas no pueden incluirla, las facetas problemáticas de la sociedad, captadas en mil observaciones interesantes, no están problematizadas ni incluidas en sus conclusiones. Humboldt no cuenta suficientemente con el peso de las tensiones internas que tan agudamente reconstruye el obispo Abad y Queipo unas décadas antes que él.

Otra mirada *desde fuera*, la de Tocqueville, compatible con los miedos de Lizardi en el punto del posible descontrol de la violencia en la sociedad americana, representa otro extremo en este esquema de las visiones y los programas para el futuro de América. El detecta los focos latentes del conflicto en la índole mestiza y mixta de la población de la América hispana y les adscribe el papel del elemento desestabilizador fatídico:

Los españoles, a pesar de las monstruosidades que cometieron, no han sido capaces de exterminar la raza india, ni de impedirle que participe en sus derechos; los americanos de los Estados Unidos han logrado este doble resultado con facilidad maravillosa, tranquilamente, legalmente, filantrópicamente, sin derramar sangre, sin violar uno solo de los fraudes principios de la moral a los ojos del mundo. (apud Díez del Corral, L.:1975,529)

Inaugurando así el visto bueno para cuantas soluciones de pragmatismo extremo, desprovisto de cualquier sensibilidad frente al problema del *otro*, se han dado en la política americana con respecto a los indígenas y a la parte hispana (o latina en general) de América, el pensador francés descuida los argumentos ya acostumbrados de la demonización de América para introducir otros nuevos, y así excluir el espacio americano hispano de la nueva «normalidad» occidental que promueve:

En ninguna parte del mundo cabe encontrar territorios más fértiles, mayores ríos, riquezas más intactas y más inagotables que en América del Sur. Sin embargo, América del Sur no puede soportar la democracia. (...) Se han hecho la guerra entre sí cuando les han faltado los extranjeros. Sólo la democracia angloamericana ha podido mantenerse en paz hasta el presente. (...) No hay naciones más desgraciadas sobre la tierra que las de América del Sur. (ibidem, 529)

La visión de América que articula Tocqueville es global, y sólo le interesan las estructuras políticas globales de otras naciones, al igual que a Humboldt. Sin embargo, su actitud subjetiva, así como su análisis de las características económicas y políticas de los países hispanoamericanos se opone diametralmente a la del alemán. Evidentemente, las aproximaciones globalistas a América como *otredad*, como un espacio distinto del propio, a los comienzos del siglo XIX. seguían girando alrededor de dos puntos extremos: idealización y condena, «el Dios y el Diablo» de Laura de Mello e Souza.

Comparando las visiones de América de estos grandes pensadores políticos con el pensamiento de Lizardi, queda más patente el planteamiento metodológico de nuestro autor que su posición ideológica. Lizardi identifica claramente muchos males de América. Sin embargo, su visión de las soluciones posibles parte desde el punto opuesto al de los grandes pensadores que acabamos de citar. El cree firmemente que puede mejorar enseñando, pero su fe en la instrucción va de la mano con su fe en el individualismo a lo ilustrado. Enseñando al individuo mejorará la sociedad. La comparación de los modelos perfilados en sus artículos para periódicos con los personajes de sus novelas, demuestra que Lizardi narrador no se ha mostrado capaz de narrar sus sueños y pesadillas sociales consecuentemente, pero su selección entre toda la problemática social existente por una parte enseña sus propias intenciones y las necesidades sociales concretas; por otra parte, ella indica indirectamente los cortos circuitos posibles y reales entre los sistemas globales de los grandes pensadores y la problemática del espacio que analizaban.

La información sobre el compromiso político de Lizardi y sobre su papel crucial, que se encuentra en las historias de literatura y periodismo nacionales y que le valió fama nacional, se basa en una mención de nuestro autor por Andrés Quintana Roo en «Semanario Patriótico Americano» del 20 de diciembre de 1812 como víctima de la orientación anti-americana de la administración virreinal. Era el momento cuando entre los insurgentes empezaba a formarse y valer justamente el criterio de la americanidad. Su calificación de la encarcelación de Lizardi (por haber escrito en contra del proceso a Hidalgo ante un tribunal militar) como ejemplo de la supresión de la libertad de prensa

será repetida por Bustamante, y Lizardi ascenderá al símbolo de la resistencia; se volverá un héroe de la insurgencia antes de entrar en las filas de los insurgentes. Sus convicciones ideológicas y políticas nunca fueron mencionadas en la prensa insurgente (cf. Miquel y Vergés, 1941), sino su martirio personal, necesario para la movilización de los simpatizantes (y de los lectores) en base a la identificación con los sufrimientos que el autor padeció por haber defendido la libertad. Coincidimos con la opinión de Jacques Lafaye de que, una vez superfluo en las combinaciones políticas, Lizardi probablemente cayó en el olvido:

...la gloria de Lizardi es hoy mucho mayor. En cambio, en el México de 1820, el Pensador, poeta fracasado y mediocre autor dramático, no era conocido más que como el periodista. No era político visible ni fue considerado durante su vida como una de las grandes figuras del movimiento de Independencia; de otra manera no hubiera tenido necesidad de solicitar certificados de buena conducta patriótica a las autoridades militares, como un oscuro combatiente. (Lafaye, J.: 1984,16)

La incongruencia entre la fe de nuestro autor en la evolución social por medio de la educación y los nuevos derroteros de la conducta colectiva, encauzada sobretudo por la paulatina militarización de la sociedad, representaba probablemente otro elemento que lo aisló de la mayoría, así como de los círculos oportunistas de la capital mexicana. Y es que las ciudades novohispanas, y en primer lugar los estamentos blancos, despreciaban la rebelión de Hidalgo por tener todas las características de una revuelta provinciana, y por eso empezaron a promover un tipo nuevo de conducta social y una actitud política nueva. Eran las manifestaciones del patriotismo, dividido entre la lealtad tradicional a la corona y la recientemente formada conciencia americana: la situación política peninsular por una parte, y el miedo a los ataques ingleses y a la masa rebelde por la otra, les fue acercando a las unidades militares, formadas de criollos y españoles, que trataban de sostener el orden interior y de cuidar las fronteras del virreinato. La creciente politización del ambiente, a pesar del aislamiento en que vivía la colonia confluía, a falta de partidos o círculos políticos nítidamente perfilados, hacia las manifestaciones de adhesión a esta fuerza militar de nuevo cuño. El «Diario de México», el periódico más leído en la primera década del siglo XIX., abunda en artículos que invitan a este nuevo tipo de patriotismo (cf. Agüeros de la Portilla, 1910). Los desfiles militares llegaron a competir con las hasta entonces incomparables fiestas religiosas, porque encarnaban el poder necesario para la defensa contra los heréticos ingleses y contra la plebe sublevada. Este fue el comienzo del gran cambio de contenido que muestra sus consecuencias inmediatamente después de la independencia. Los análisis recientes de distintos fenómenos sociales americanos de la época han reparado en este cambio de dirección y meta de la energía colectiva:

Après l'indépendance, l'historiographie officielle changea de contenu, mais ses objectifs resterent les memes. L'histoire ne fut plus au service de la Croix, mais a celui du drapeau mexicain. (González, L.: 1984, 84)

La bendición de los estandartes y otras pompas de las cuales gustaban rodearse los militares contribuyeron, por otra parte, a realizar una transferencia de depósito sagrado (la religión y la patria) de las manos de la casta religiosa declinante a las de la casta militar ascendiente. (Lafaye, J.: 1977, 177)

Llevando evidentemente también en este punto la contraria a la disposición prevaeciente entre la mayoría de sus conciudadanos, Lizardi enseña de manera indirecta los menoscabos de este nuevo centro de confluencia de las emociones y

esperanzas colectivas: cuando Don Catrín de la Fachenda, su anti-héroe, no sabe qué hacer para seguir fingiendo que es un gran señor, un amigo le sugiere que entre en el ejército, porque «...en fin de cuentas, el rey paga todos los días.» Una vez dentro, Catrín se congracia rápidamente con la mayoría que consiste de holgazanes preocupados por guardar la apariencia de pertenecer a un cuerpo de conducta honrada, mientras que detrás de ello realizan actividades despreciables. La intensidad con que sus amigos, los oficiales, procuran mantener el esplendor exterior del oficio de militar expone al ridículo la pompa exterior del ejército, es decir, aquella faceta de su actividad que fue instrumentalizada para las manifestaciones del patriotismo criollo. Oponiendo este modelo de soldado al modelo del personaje de coronel en «Quijotita y su prima», obtenemos otra relación blanco-negra en la novelística de Lizardi: el modelo aceptable y el rechazable de un segmento social de importancia indudable.

Su convicción profunda de que la evolución basada en la divulgación de la información necesaria para distintos campos de la actividad humana debe dar resultados justifica en sus propios ojos la concepción de su propio papel social, asumido voluntariamente. Igual que Feijoo en España, él estaba consciente que su actitud mental estaba contrapuesta a los usos de los grupos sociales a que se dirigía, pero su escepticismo, visible en los artículos, en cuanto a sí mismo como figura clave de la reforma social (consecuencia de los desengaños y desgracias personales), le ahorraba la arrogancia de una actitud mesiánica. Se sentía seguro y útil ante su público, al igual que el pionero de la Ilustración española. Lizardi sabe que no descubre nada nuevo, pero quiere ser apóstol fiel de lo que considera toda una cultura allí donde ésta había faltado. Su actitud hacia las tendencias, para él y su público nuevas todavía al comienzo del siglo XIX., es básicamente idéntica a la que se ve en muchos autores europeos: no desarrolla un sistema de pensar, sino que hace uso de los nuevos sistemas filosóficos para arreglar la vida a largo plazo, y no de acuerdo a los fines políticos inmediatos. Las especificidades de su uso de estos nuevos sistemas revelan las diferencias específicas de su Ilustración y, por consiguiente, de la Ilustración mexicana. Son dos características básicas de la actitud mental de nuestro autor las que determinan la manera en que transmite la información: la primera consta en la manera de pensar que se desenvuelve dentro de los esquemas esencialmente a la antigua a pesar de la proclamada fe en el racionalismo, y la segunda, en la actitud acentuadamente pragmática hacia los nuevos conocimientos. La historia social americana ha reparado en este fenómeno a nivel general:

Pero si la influencia europea desde el siglo XVIII. injerta en el cuerpo un poco adormecido de las colonias el virus insurreccional, ello no se logra por un salto tan violento como el que describen aquellos historiadores, o más bien pudieramos decir que el propio organismo nativo estaba elaborando su propio sistema crítico y su Utopía lejana. (...) No hay tan brusca solución de continuidad entre la teología escolástica de nuestras universidades coloniales y la ideología del siglo XVIII. (Picón-Salas, M.: 1969, 176-7)

Las razones de la perpetuación de los esquemas mentales característicos de la época barroca están, aparte de la inercia que siempre aparece como contrapeso a las innovaciones en el pensamiento, en la índole de los primeros textos ilustrados escritos en español, y en la falta de traducciones correctas de las obras básicas para realizar el gran cambio. Los análisis de las tendencias de la primera Ilustración española - y de lo

que llaman «mundo católico mediterráneo» en general - subrayan el vitalismo del interés por el propio pasado por encima del interés en las novedades en otras partes:

Authors like Muratori or Mayans, such as the exiled Jesuits living in Italy, Sarmiento and Feijoo, working behind abbey walls, not to mention the Maurists, show the vitality of the forms of a writer's existence at the time of the Enlightenment, forms which have their roots in European humanism and Catholicism. (Jüttner, S.:1987,190)

La gran parte de la intelectualidad ilustrada americana había comenzado a educarse en base a los planteamientos del «Teatro crítico universal» del P. Feijoo. Puesto que la intención del texto, de indudable naturaleza enciclopedista, fue la de señalar las razones del atraso de España en comparación con el resto de Europa occidental, Feijoo se centraba en la crítica de la situación existente: el abuso de los meandros de la expresión característica de la ciencia del barroco, la apoteosis de la autoridad frente al raciocinio, el desprecio por el conocimiento averiguado por la experiencia, superstición. Feijoo enseñaba que el verbalismo debía ser sustituido por el análisis de hechos, el silogismo por la conclusión en base a la experiencia, la autoridad por la crítica, la superstición y los miedos ante los poderes sobrenaturales por la religiosidad liberada de elementos acentuadamente milagrosos. Imbuido en esta tarea educacional en el sentido literal, el enciclopedismo de Feijoo nunca alcanzó un nivel original desde el punto de vista científico: ninguno de sus argumentos, prestados de Montesquieu, o bien del diccionario de Bayle (y luego modificados) no fue enriquecido por un análisis original. La parte original del pensamiento de Feijoo, basada en lo aprendido en las autoridades mencionadas, consiste en haber reconocido y criticado puntos claves que generaron la crisis de la sociedad española. Puesto que la sociedad americana, estructurada a semejanza de la peninsular en cuanto a las principales instituciones administrativas, culturales y otras, repetía los mismos errores, los americanos aceptaron aquellos aspectos de la crítica de Feijoo cuya elaboración - o, más frecuentemente, sintetización y reducción a esquemas comprensibles para el público - les parecía ser útil en un sentido concreto e inmediato. El elogio del trabajo manual, expresado repetidas veces al final del siglo XVIII. por Miguel José Sanz y Manuel Salas, representa uno de los ejemplos más evidentes de esta tendencia. Por otra parte, falta crónica de las versiones originales de los textos de los campeones del nuevo pensamiento, o traducciones que tardaron demasiado para poder corregir los conocimientos asumidos a medias ayudaron a que, salvo casos de círculos muy reducidos o individuos destacados, no se conociera a fondo el cambio. La «Riqueza de las naciones» de Adam Smith, por ejemplo, fue traducida al castellano apenas en 1792, y no del original, sino que fue traducido el resumen de la obra hecho en francés. Volviendo a los juicios de las conclusiones sobre el espíritu prevaleciente de determinadas épocas en un espacio cultural en base a los libros encontrados en las bibliotecas privadas o mencionados por algún autor de la época, (cf. Jüttner y Ginsburg) podemos apoyarlos señalando la formación intelectual de nuestro autor como uno de los casos numerosos de víctimas de cuantitativismo en los análisis del espacio cultural americano.

El ejemplo de la problemática educacional rusioniana en las novelas de Lizardi es sintomático para el automatismo mencionado. Las referencias repetidas a la índole rusioniana del sistema de educación que expone Lizardi se basan en la enumeración, o mención, de aquellas cuestiones que inaugura Rousseau, pero al mismo tiempo se descuidan las diferencias radicales entre la postura del filósofo suizo y su aplicación en



las obras de nuestro autor, tanto como las menciones directas de las fuentes en que se surte y que apuntan directamente hacia la índole de los cambios:

Lo que yo quisiera es que usted se dedicara a la lectura de algunos libros buenos, que debían serle muy útiles en su estado; verbigracia: La educación de las hijas, por el señor Fénelon; la Familia regulada, por el padre Arbiol; la Eufemia o la Mujer Instruida por el alemán Campe; cartas de Madame de Maitenon; la Mujer feliz, y otros muchos que tratan del modo con que una mujer debe conducirse con Dios, consigo, con su esposo, con sus hijos; con sus criados y con su casa; pero ya que veo que usted no tiene paciencia para tanto me contentaría con que leyese ese tratadito de Blanchard que le digo, pues, por modo de diversión. («Quijotita y su prima», 101)

Lo que queda claro en el consejo citado es que una buena educación siempre debe basarse en manuales útiles, es decir, en el texto como autoridad y no en la experiencia inmediata y directa, que representa el axioma de la filosofía y el sistema educacional rusionianos. Inconsciente - gracias a su esquema mental a la antigua - de las posibilidades de este procedimiento, Lizardi no opone la autoridad del escrito a él, sino a otros escritos que se encuentran en la biblioteca de doña Eufrosina: Diana, Pamela, Eusebio, Gil Blas de Santillana, Clarissa, Don Quijote de la Mancha y un número de sainetes. Inmediatamente después de clasificarlos en *buenos, razonables y perniciosos*, el coronel confirma su inutilidad para el propósito, que consta en las relaciones familiares sanas como base de la sociedad ideal, repitiendo así su desconfianza en toda «historia inventada»:

... para aprender a ser buena casada es mejor cualquiera de los que yo cité que todos cuantos usted tiene. (102)

Esta contraposición del manual y la novela, que remite a la antipatía latente secular hacia la ficción en aquel espacio cultural, repite la tesis de Fénelon - convertida en regla de conducta por Blanchard - de que la lectura debe servir de armazón contra las tentaciones de la carne y contra todo tipo de vanidad. «L'Education des filles» considera la comedia y la novela aceptables sólo después de que el alumno haya asumido la actitud propuesta por los tratados moralistas:

Après ces instructions qui doivent tenir la première place, je crois qu'il n'est pas inutile de laisser aux filles, selon leur loisir et la portée de leurs esprits, la lecture des livres profanes qui n'ont rien de dangereux pour les passions. C'est même le moyen de les dégouter des comédies et des romans. (Fénelon, F.: 1947, 63)

Y la mitología de la Antigüedad debe considerarse útil cuando está presentada en la forma que puede ayudar a la explicación de la moral cristiana:

Pour les fables paiennes, une fille sera heureuse de les ignorer toute sa vie, a cause qu'elles sont impures et pleines d'absurdités impies. (ibid., 64)

Lizardi aprovecha la elaboración de estas tesis para afirmar la prioridad del cristianismo ante otras religiones y cosmovisiones:

?Qué es lo que saben ellos (i.e. los paganos) que nosotros no hemos aprendido de Jesucristo? («Quijotita y su prima», 391)

Después de haber sido minada por la inadaptabilidad a la estructura plurirracial de la sociedad americana, la convicción del liberal Lizardi de que la nueva sociedad debe constar de individuos que cultivan la propia libertad como ciudadanos, i. e. antes políticos, sucumbe también ante el esquema básicamente tradicionalista en que la familia representa el ente básico en la sociedad, impuesto otra vez por la mezcla de la

consciencia de la realidad social inmediata y el sincretismo epistemológico del autor, que no se da cuenta de las incongruencias de sus propios juicios:

Sé que hablo contigo, que me amas, te merezco buen concepto, y al fin te has de adherir a mi opinión, por eso me explico con tanta sencillez; pero no quiero que por amor o por respeto coincidas con mis ideas, sino persuadida por la razón, la experiencia y la autoridad. («Quijotita y su prima», 36)

La autoridad en sí es considerada mala sólo cuando está planteada a la antigua, i.e., apoyada en el miedo al castigo y a la superstición:

...no debemos cautivar nuestro entendimiento a la autoridad, si no hallamos apoyo en la razón o en la experiencia. (ibid., 40)

pero allí se interpone la excepción de la religión:

Sólo en materias de fe no cabe esta regla, pues debemos sujetar el juicio a la revelación de que tenemos noticia por una tradición antigua e inalterable; circunstancia que, aún según el criterio humano, apoya con mucha solidez la verdad de nuestra religión. (ibid., 41)

La posición de la autoridad en el proceso de la educación del niño necesita de fuentes que por su brevedad y claridad pueden ser eficaces cuando apoyan y justifican la autoridad del maestro único. Sintomáticamente, el único bueno entre los numerosos maestros del niño Periquillo Sarmiento, quien acentúa la necesidad de aprender botánica y leer libros instructivos, recomienda, para obtener la meta deseada, compendios y tratados:

... que yo llevara primeramente los compendios de Fleury o Pintón, y cuando ya estuviera bien instruido en aquellos principios, sería útil ponerme en las manos «El hombre feliz», «Los niños célebres», «Las recreaciones del hombre sensible» u otras obritas semejantes; pero que nunca convenía que yo leyera «Soledades de la vida», las novelas de Zayas, Guerras civiles de Granada, la historia de Carlo Magno y doce pares, ni otras boberías de estas, que, lejos de formar, cooperan a corromper el espíritu de los niños, o disponiendo su corazón a la lubricidad, o llenando su cabeza de fábulas, valentías y patrañas ridículas. («Periquillo Sarmiento», 104)

Tal vez sea *compendio* la palabra clave para toda la formación y para la suma de informaciones sobre los logros de la ciencia moderna de nuestro autor. El manejo hábil de los ejemplos y consejos, aptos para situaciones concretas, hace pensar que Lizardi conocía varios tipos de compendios o de diccionarios traducidos mucho mejor que las obras que mencionaba. Era un capital necesario y apto para la inversión inmediata.

Mientras que el discurso filosófico rusoniano, concretamente las partes I y II de «Emilio», habla sobre higiene, aire libre, juegos aptos para niños y otros factores decisivos para la educación en el marco de los debates sobre la adquisición de la sabiduría y sobre la armonía entre deseo y poder individuales porque en su opinión es el estado que corresponde a las relaciones impuestas por la naturaleza, el pragmatismo de Lizardi modifica la mención de estas actividades concretas reduciéndolas al orden de instrucción para el uso:

Se debe acostumbrar a los niños a comer lo menos que puedan, y alimentos de fácil digestión proporcionados a la tierna elasticidad de sus estómagos; deben familiarizarse con el aire y demás intemperies, hacerlos levantar a una hora regular, andar descalzos, con la cabeza sin pañuelos ni aforros, vestir sin ligaduras para que sus fluidos corran sin embarazo, dejarlos travesear cuanto quieran, y siempre que se pueda al aire fresco, para que se agiliten y robustezcan sus nervicillos, y por fin, hacerlos bañar con frecuencia, y si es posible en agua fría, o cuando no, tibia o quebrantada, como dicen. («Periquillo Sarmiento», 81-82)

Puesto que la tarea de la educación es la de proporcionar individuos aptos para ser integrados y funcionar en los esquemas sociales previamente dados, el premio o el castigo por lo aprendido se entiende como el cumplimiento con lo que piden estos esquemas:

No, no consiste la virtud en ser estúpidos ni en ignorar lo que nos conviene saber; consiste en la sencillez del corazón y en la exacta observancia de los preceptos de la ley. («Quijotita y su prima», 300)

El concepto de la virtud, que se impone como uno de los valores básicos entre los intelectuales del XVIII., también está subordinado a la actitud acentuadamente pragmática que marca la mentalidad de nuestro autor. Mientras que «Eusebio» de Montengón, contemporáneo de «Periquillo Sarmiento» y acontecimiento excepcional en las letras hispanas de la primera parte del siglo XIX. plantea todo su sistema pedagógico en base al ejercicio de la virtud por medio del estoicismo, bondad natural y confianza en los otros, Lizardi define la virtud como observancia de la ley. Por esto su variante de la problemática educativa sólo en apariencia es compatible con la de los campeones de la educación ilustrada. Mientras que en el «Emilio» se plantea el derecho de la mentalidad de la mujer a la diferencia específica que al mismo tiempo – dada la índole de su sistema de valores – no implica, o cree que no implica, jerarquización en base a ella, Lizardi basa su jerarquía en esta diferencia recurriendo a argumentos escolásticos:

Esto se prueba por la causa y por el efecto. Por la causa, porque siendo el alma el receptáculo de la sabiduría y no careciendo las mujeres del alma, se sigue que tienen la misma aptitud que los hombres. («Quijotita y su prima», 197)

Los ecos de la famosa crítica de Rousseau sobre la frivolidad de los caballeros y damas ciudadinas en el marco de la crítica de las costumbres perniciosas de la vida urbana llegan a la historia de Quijotita en la variante que de ella hace Blanchard. El nombre de Doña Eufrosina, personificación de lo negativo en la novela de Lizardi, está prestado del personaje homónimo de «L'école des moeurs», y su función es la de ejemplificar el peligro que proviene de la variante que hace Blanchard de la crítica rusioniana:

Chaque femme de Paris, dit le Philosophe de Geneve, ressemble dans son appartement un serail d'hommes plus femmes qu'elle et lachement devoues aux volontes du sexe que le notre doit proteger et non servir. Voyez-les dans ces prisons volontaires se lever, se rasseoir, aller et venir, sans cesse a la cheminee, a la fenetre, prendre et poser cent fois un ecran, feuilleter des livres, pardourir des tableaux, tourner, pirouetter par la chambre, tandis que l'idole, etendue sans mouvement dans sa chaise longue, n'a d'actif que les yeux et la langue. Imaginez quelle peut etre la trompe de l'ame d'un homme uniquement occupe de l'importante affaire d'amuser les femmes, et qui passe sa vie entiere a faire pour elles ce qu'elles doivent faire pour nous, quand epuises de travaux, dont elles sont incapables, nos esprit ont besoin de delassement. (Blanchard: 1804, 187)

El polo positivo, según Blanchard, no consta en el derecho a la experiencia que propone Rousseau para combatir la alienación de la mujer ciudadina, sino en la «virtud», que supone el rechazo consecuente y constante de aquellas experiencias que incluyen la posibilidad de cualquier tipo de placer:

C'est le froideur (...) qui est la sauve-garde de la vertu. (*ibid.*, 39)

Este sistema binar, basado en las oposiciones como lo son: escritura - tradición oral (superstición), tratado moralista - ficción, preceptor único - lectura libre, incluye también la oposición hombre - mujer. Es en este último caso donde mejor se aprecia

el proceso sincrético entre lo heredado por la educación y por el ambiente cultural por un lado, y la postura neo-conservadora en la mentalidad del autor por el otro. La función de la mujer en la sociedad ideal de Lizardi es la de desempeñar lo mejor posible su papel de receptora:

... son principales agentes de la conservación del género humano, y el gozo, el descanso, el mayor placer honesto de los hombres, el depósito de su confianza, (...) y el último consuelo de sus adversidades y desgracias. («Quijotita y su prima», 58)

Los personajes de Periquillo Sarmiento y Don Catrín están planteados como fracasos gracias a la mala educación que reciben de sus madres, que por ser mujeres son irracionales por definición. La finalidad del libro de Quijotita y Pudencianita es la de erradicar los defectos de la mujer que se basan en su misma naturaleza, lo cual hace la educación de la mujer esencialmente distinta de la del hombre:

...Espíritu Santo, quien dice en las Sagradas Letras: si tienes hijos, enséñalos, corrígelos desde niños; si tienes hijas, guárdales sus cuerpos. (Quijotita y su prima, 301)

Veremos que la oposición a la maldad innata de la mujer, planteada como causa directa del vicio y perversión del hombre, no consta en el desarrollo de su personalidad ni en la competencia en distintas materias, entre otras la educación de hijos, sino en un entrenamiento sistemático a la obediencia al padre o al marido, y a lo que Lizardi llama «industria», porque el quehacer anula la vanidad, suprime las pasiones y procura el bienestar:

No ignoraba el coronel que esta ciencia es harto difícil de comprender en sus principios, especialmente en las mujeres, y así procuró primero hacer ver a su hija su utilidad para excitarle el apetito de aprender. (ibid, 116)

No encuentro yo embarazo para que las mujeres pobres, según su inclinación, se dedicasen a ser sastres, músicas, plateras, relojas, pintoras y aún impresoras. (...) Mas esto no quiere decir que no se apliquen mujeres a la aguja, a la cocina y a todos los quehaceres domésticos en su primera edad. (ibid, 197)

El pragmatismo en la acepción de la función del discurso ficcional se repite en la comprensión específica de las innovaciones en el pensamiento filosófico, en las ciencias naturales y en la concepción de la religiosidad. Esta actitud básica, que tinte de utilitarismo todos los textos ficcionales de Lizardi, causa la doble traición: traiciona la naturaleza del discurso ficcional combatiéndolo por medio de su propio espectro, que es la moraleja revestida de «historia inventada». Realizando este revestimiento, el autor traiciona por completo o modifica en parte sus convicciones y resulta ser incongruente. De acuerdo con su convicción sobre la función concreta de cualquier texto («... con la pluma se alaba a Dios o se ultraja...») él distribuye todo el material que quiere presentar en polos opuestos, multiplicando así las variantes de un esquema estable: el bien y el mal, el provecho y el desperdicio. Los dóciles son premiados en el mismo grado en que son castigados los rebeldes. Don Catrín muere solo y enfermo, lo cual asocia al lector a la muerte en pena de un alma perdida:

Queridos míos: cuando escribo este capítulo, que creo será el último de mi vida, yo me siento con muchas ansias, el vientre se me ha elevado y las piernas... digo, la pierna se me ha hinchado más de lo que yo quisiera, y por estas razones es regular que salga menos metódico, erudito y elegante que ninguno de los de mi admirable historia; («Don Catrín de la Fachenda», 103)

Es decir, en las novelas de Fernández de Lizardi existe y se debate la problemática propia de la Ilustración; él vincula un número importante de temas y cuestiones de la

Ilustración con lo que reconoce como problemas vigentes, pero su propia estructura mental, que condiciona tanto su comprensión de la Ilustración como su visión del mundo que lo rodea, revela una influencia determinante del dogmatismo post-contrarreformista. Esta conclusión no quiere dar razón a los que sostienen que en el mundo hispano no arraigó ni pudo arraigar la Ilustración. Por el contrario, el análisis que le antecede busca y destaca aquello que podríamos definir como divergencias entre lo que se ha acostumbrado tomar por formas llamadas *puras* del pensamiento y prácticas de la Ilustración, y la variante que éstas obtienen en el discurso ficcional de Lizardi. Si bajo Ilustración no comprendemos un sistema de pensar en filosofía, sino - al contrario de lo que pensaban los filósofos - el uso que se hace de ella, así como la misión que se le asigna de arreglar la vida, este discurso representa sólo una de tantas variantes que forman parte legítima de su numerosa familia. Lizardi representa el fenómeno típico para las épocas de cambios: su sincretismo, visible en todo lo que hace, enseña cómo se interpenetran lo *viejo* y lo *nuevo*, así como las formas que crean los dos en un momento y espacio determinados. Ya mencionamos la explicación que da Octavio Paz de las razones por qué un régimen totalitario que fue el virreinato de la Nueva España en el siglo XVII. necesitaba un sólo poeta de la brillantez de Sor Juana para mirarse complacientemente en sus versos. Será por las dificultades bien conocidas, adversas a todo intento de impresión de textos ficcionales, pero Lizardi resulta ser igualmente único en su época. El hecho de que no lo mencionan las historias de periodismo mexicano ni las de la imprenta colonial (cf. Agüeros de la Portilla, 1910 y Torre Revello, 1940) y que distintos diccionarios de personajes importantes de la época hablan de «cierta originalidad» de sus novelas (cf. Ortiz, 1832) significa que ni el régimen ni la opinión pública necesitaba de su trabajo como espejo de sí misma. Al contrario, ya en 1821 Beristaín de Souza afirma que Lizardi hubiera podido ser el «Quevedo de México» si su conocimiento de la literatura y de los hombres habría sido mejor. Luis González Obregón lo recuerda de manera precisa como un hombre no propenso a compromisos:

Quien le contemplaba en la calle, alto, algo encorvado, con su rostro pálido, su frente pensadora, su mirada triste que acusaba al genio, no podía formarse cabal idea de su carácter. (...) Si su aspecto exterior, su físico raquítico, recordaba las penas y prisiones que había sufrido, en cambio su interior, su alma noble y levantada, estaba siempre pronta para dar abrigo a los más puros afectos. Había saboreado el amargo pan de la pobreza para alimentar con su talento el espíritu del pueblo. (González Obregón: 1888, 613)

Ni el régimen colonial ni el nuevo gobierno mexicano necesitaban, para dejar a la posteridad un monumento de sí mismas, novelas que querían volverse armas poderosas enseñando a los ciudadanos sus derechos y deberes. Sin embargo, el retrato del autor solitario que hace lo que cree mejor para cambiar la sociedad que no lo necesita concuerda en más de un punto con la imagen de los *autores libres* en la Europa del siglo XVIII. presentada por S. Juttner:

Writers and philosophers are simply lone Wolves and even in an unknown group they often remain without esprit de corps, that is, solidarity. The extreme heterogeneity of the social position of writers (and also of their self-concept) did not require further confirmation, as we are already sufficiently familiar with the studies by André Brule and Maurice Pellison. Yet the studies of Darnton document even more clearly than the work of John Lough the sociological borders of areas of interest derived from patronage and frustration suggest further conclusions: the marginalization of a rapidly growing number of penniless writers contradicts the notion of an unhindered expansion of the book market. Impeded by various rules and regulations and not least partially strangled by the publisher's elitist mentality on the eve of the Revolution, the writer cannot play the dynamic role of dramatic

transformation that his audience from a distance thinks him capable of, indeed, thought him to be capable of even in the XVIIIth century. Thus German authors in their dreams of the «free writer» often praise France as the promised land. In reality, even there, the professional writer living by his pen was the exception rather than the rule. (Juttner: 1987, 190)

Una vez derogado el mito del escritor libre como el príncipe de los movimientos sociales europeos inspirados por la Ilustración, resulta menos difícil aceptar los resultados de un análisis de lo que fue la verdadera posición del autor libre en una de las periferias del círculo cultural occidental que fue la Nueva España. La comprensión de su verdadera posición dentro del contexto dado, así como de los alcances sociales de su actividad, lo convierten en un síntoma de la época, en un agente historiográfico de determinado peso, lo cual da nuevo brillo a la estrella de este «lobo solitario», desprovista de los méritos honorarios y adornada, en cambio, de lo que de verdad le pertenecía. Liberándolo de las categorías de «verdadero ilustrado» o de cualquier otra que lo encasillaría con demasiada rapidez para poder ver bien en que consistió su trabajo, hemos tratado de reconstruir, a través de su trabajo, una parte de la época pasada de que formaba parte.

## CONCLUSIÓN

En este trabajo hemos hablado sobre un segmento de la vida de una época partiendo desde un fenómeno: un autor de la época. La época en sí, es decir, las primeras décadas del siglo XIX. en la América hispana, no es uno de aquellos períodos de la Colonia española en América que están estudiados a fondo. El número, la calidad y la variedad de las investigaciones sobre los siglos XVI., XVII. y XX. comprueba que estos períodos resultan mucho más atractivos para la investigación en más de un aspecto, incluyendo el que tratamos aquí. La relación entre la sociedad y el texto ficcional parece ser más *investigable* allí donde los factores involucrados en ella adquieren perfiles nítidos.

En este aspecto, las novelas de José Joaquín Fernández de Lizardi han ido dejando la apariencia de una relación clara y conocida. Les fue adscrita una estabilidad semántica que se apoyaba en el contexto social y político de su época y de los acontecimientos posteriores a la actividad literaria de Fernández de Lizardi. Esta estabilidad se mantenía por falta de la investigación de la verdadera relación entre el discurso, es decir las novelas de Fernández de Lizardi, y la sociedad de la época. Por una parte, la historiografía literaria ha encontrado en estas novelas el equivalente de lo que los nuevos estados independientes requerían de su literatura, y era la identificación de la sociedad nueva por medio de su propia literatura para el uso propio, pero también como una especie de tarjeta de identificación hacia fuera, hacia otras culturas y otras identidades. Por otra parte, se ha venido identificando a Fernández de Lizardi, y por consiguiente, sus novelas, con la lucha por la independencia de España. Varios historiadores y autores han tratado de derogar este mito, exponiendo las razones en contra de la mitificación del autor.

Todas estas lecturas son legítimas e instructivas. Como no puede haber una lectura última, o correcta, todas ellas nos indican la actitud del lectorado y de la investigación frente a la posición del discurso literario en la época y en el medio cultural en que se

produjeron sus lecturas. En este análisis, sin embargo, se ha tratado de desenterrar al olvido la época de las novelas y de su autor, Fernández de Lizardi. Con ello hemos querido llegar a conocer desde cerca la vida de los textos en la época en que fueron escritos, es decir, la relación autor – texto – lector.

Aunque se ha analizado un fenómeno que pertenece al siglo XIX., el análisis ha tomado en cuenta aquello que en él pudo haber habido de la tradición existente en este segmento de la vida. Por eso no se ha empezado analizando las obras en sí, sino intentando analizar el lugar y la función que el texto ficcional ha venido llenando y desempeñando desde los comienzos de la Colonia hasta sus días. Lizardi aparece en una encrucijada que desde el punto de vista de hoy podemos calificar de histórica, y sus novelas demuestran los síntomas de lo nuevo, pero también de lo viejo en América, de los que ni (sintomáticamente) él mismo ni sus contemporáneos estaban conscientes. Inscribiéndose consciente y voluntariamente en un intento global y multiforme de reformar la sociedad colonial, él indudablemente *describe* la sociedad de su tiempo. Los investigadores de la cultura colonial han reparado en las coincidencias entre la problemática expuesta en la prensa de la época, (e.g. «Gaceta de México») y el argumento de sus novelas. Los *tipos y costumbres* de la Ciudad de México que se encuentran en sus páginas son representativos de tantas caras de la vida de la época, y en este aspecto damos la razón a aquel segmento de la crítica lizardiana que ve en nuestro autor a uno de los mejores intérpretes de lo que era la vida diaria. Los tipos y costumbres en verdad aparecen y viven de la manera específica, en una serie de escenas de inconfundible cuño mexicano. En este sentido son aceptables las interpretaciones del personaje de Periquillo Sarniento o de Don Catrín como reconstrucción de individuos de fisonomía irreductiblemente local o nacional y se justifica la propuesta de llamar a Periquillo *pelado* en vez de *pícaro*, como propone Agustín Yáñez. Lo que desde el punto de vista que se propone en este análisis resulta discutible es que el grado de realidad referencial en la descripción de un modelo pueda en sí convertirse en la finalidad principal de la producción textual, o en lo que se ha pretendido tomar por el criterio básico para la valorización del nivel artístico del texto. Para determinar el grado de referencialidad en la reconstrucción de la vida social del período nos parece muy importante centrar la atención en lo que en la opinión de Lizardi hace falta, o vale la pena, destacar, o bien silenciar, o relegar a un segundo plano. Sin duda que esto permite reconstruir su percepción de las expectativas de sus lectores concretos, lo cual forma parte del contexto social coetáneo. Sin embargo, existe en las novelas de Lizardi, así como en cualquier otro texto ficcional, otro nivel, que también habla de su época: es el nivel que revela el imaginario de cuantos indirectamente estuvieron involucrados en el proceso de su escritura. Es decir, el nivel de un contexto que en primer lugar abarca al lector y al autor, pero, a través de ellos, todos los elementos que los han venido formando, y que determinan el funcionamiento del texto ficcional. Uno de ellos es lo que en este análisis se llama la relación entre el texto ficcional y la situación social. Pensando en ella, podemos concluir que las novelas de Lizardi manifiestan una variante de la relación entre lo ficcional y lo social que hemos trazado desde el siglo XVI.: es el combate implícito y explícito entre la imaginación libre y la regla de conducta, propuestas por dos tipos de novelas. Repetidas veces en el argumento de las novelas de Lizardi se menciona o se pone al descubierto el daño causado por las lecturas consideradas libertinas, y se les contraponen los textos moralistas o *útiles*, que apoyan

la moral tradicional y amplían los horizontes. Ellas ya no tienen un enemigo abierto que combatir, como las novelas de Francisco Bramón combatían la novela pastoril. Sin embargo, las consecuencias de esta situación, que en América se resuelve en favor de la historia moralmente edificante, empujan toda la actitud del autor hacia ésta. Y es esta actitud del autor la que presenta la situación social de la época de una manera más vívida tal vez que los *tipos y costumbres* allí descritos.

Es esta actitud heredada la que, junto con las posibilidades materiales del momento, determina la manera en que Lizardi - pensador entiende el nuevo saber ilustrado y es su entendimiento de este saber otro elemento necesario para comprender la escritura y la recepción de sus novelas en la época. Es decir, el hecho de que en el libro se mencionen, casi taxativamente, muchas autoridades, no podemos tomar como una prueba de que Lizardi conocía profundamente todas las facetas del pensamiento ilustrado. Los pequeños errores que nuestro autor comete al citar, así como las circunstancias generales de incomunicación que muy probablemente produjeron más de un caso de confusión parecido al caso del texto de Rousseau investigado por J. R. Spell, pueden representar la prueba material de ello. Por otra parte, es evidente su conocimiento de los temas que circulaban entre los eruditos, se pueden trazar sus fuentes (varias de ellas de segunda mano) y resulta clara la finalidad que les adscribe en sus novelas. Lizardi - pensador es un ser sincrético, marcado profundamente por lo viejo y lo nuevo: confirmando por una parte la vitalidad de los modelos culturales coloniales impuestos en el siglo XVI. y conservados a lo largo de más de dos siglos, por la otra manifiesta una serie de innovaciones que dentro del esquema cultural dado y junto con otros fenómenos culturales inaugura una nueva época. Sus novelas son el resultado de una simbiosis donde quedan restos y contradicciones, naturales en los periodos de transición o de cambios históricos. De esta manera las novelas de Lizardi dan un ejemplo claro de lo que, a nuestro modo de ver, es un cambio social desde más de un punto de vista: demuestran la conciencia, propia de la Ilustración, de que el texto debe ser un arma en la educación del individuo para nuevos tipos de colectividad, pero al mismo tiempo ponen al descubierto el modelo del *ejemplo*, ideado a la manera de una parte de la ficción de los siglos anteriores y presentada al comienzo de este análisis.

¿En qué estriba la diferencia entre nuestro análisis y los otros, que también concluyen que Lizardi fue un ilustrado? La diferencia básica está en el procedimiento. Mientras que ellos *sacan* el discurso ficcional de la totalidad del proceso histórico, reservándole - paradójicamente - a la vez la posición crucial en la explicación de este proceso, nuestro análisis trata de enfocarlo como parte específica, pero integral, de él. Mientras que ellos mantienen la concepción decimonónica de la literatura como la actividad privilegiada y el testimonio más digno del espíritu de su época, en este análisis se ha tratado de plantear el análisis del discurso ficcional en cuanto fenómeno histórico específico que representa una de tantas imágenes miméticas que la época y espacio dados quieren dejar de si mismos. Por esto su valor *mimético* no es sencillo, sino premeditado. Por medio de él podemos formar conclusiones sobre tantas opiniones formadas y vigentes en una sociedad, incluyendo la opinión que distintos segmentos de ella tenían de si mismos. De esto se sigue que por medio del texto podemos reconstruir, o entrever, también aquello que no se dice de manera explícita, sea intencionalmente sea por descuido. En base a todo esto hemos intentado reconstruir las posiciones sociales, políticas, ideológicas y otras existentes en la época de las novelas



de Lizardi; es decir, hemos tratado de formular lo que a nosotros nos parece haber sido una opinión, y no lo que en la novela se declara como tal. Por esto el potencial mimético de las obras a nosotros nos ha interesado como una fuente de la información sobre las mentalidades representativas del período y ambiente en que la obra fue escrita.

A la luz de nuestras conclusiones sobre las mentalidades representativas de la época algunas opiniones sobre el trabajo de Lizardi, así como las explicaciones de la época, resultan modificables. Aunque la opinión de la crítica y la historiografía sobre Lizardi ya había puesto en tela de juicio su supuesto papel clave en la lucha por la independencia de su país, nosotros hemos tratado de demostrar cómo de verdad pensaba y actuaba nuestro autor y por qué su manera de pensar, así como su educación y su misma identidad de *español americano* le impedían serlo. Por otra parte, creemos haber demostrado el descuido por sus textos por parte de la historiografía literaria nacional, así como las posibilidades para una rectificación de ésta en base a una lectura rigurosa de aquéllos. Nuestro Fernández de Lizardi ya no tiene el lugar del agente poderoso de un cambio social o político decisivo. En cambio, su manera de pensar y escribir obtiene el lugar de documento precioso sobre el pasado, sobre una época que nos interesa, no porque fue entonces que se produjo la independencia, sino porque nos interesa saber cómo eran, qué pensaban y cómo vivían los hombres de aquel entonces.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agúeros de la Portilla, Agustín: *El periodismo en México durante la dominación española*. México 1910.
- Bolívar, Simón: «Carta de Jamaica», en: *Ideario Político*. El Ateneo, Buenos Aires 1942.
- Boturini Benaducci, Lorenzo: *Idea de una nueva historia general de la América septentrional*. CDIHE, Madrid 1949.
- Clavigero, Francisco Xavier: «Historia antigua de México». FCE, México 1985.
- Díez del Corral, Luis: *El pensamiento político europeo y la monarquía de España*. Alianza editorial (AU), Madrid 1975.
- Fabbri, Mauricio: «La novela como cauce ideológico de la Independencia: el influjo de Montegón en Fernández de Lizardi», en: *Homenaje a Noël Solomón*. Barcelona 1979.
- Fénelon, Francois de Salignac de la Mote: *L'education des filles*. Librairie Hatier No 88, 1947.
- González, Luis: *Diogene 125/1984*, UNESCO, Paris.
- González Obregón, Luis: «D. José Joaquín Fernández de Lizardi. Apuntes biográficos y bibliográficos», en: *El liceo mexicano*. México 1888.
- Gutiérrez, Marcos: *Febrero ilustrado*. Madrid 1768.
- Lafaye, Jacques: «Quetzalcoatl y Guadalupe». FCE, México 1977.
- : «El Pensador, mexicano de España». *Vuelta (107)*, (1984)
- Miquel y Vergés, J.M.: *Antología de la prensa insurgente: periodistas insurgentes*. México 1941.
- Picón-Salas, Mariano: *De la Conquista a la Independencia*, FCE, México 1969.

### SAŽETAK

Tekst predstavlja treći dio analize romana Joséa Joaquína Fernández de Lizardija. U prvom dijelu (u SRAZ-u XXXVII/93., str. 75-91) riječ je o odnosu američkog kolonijalnog društva i fikcionalnog diskursa općenito; u drugom dijelu (u SRAZ-u XXXIX/94., str. 155-177) analizira se tri Lizardijeva romana s istog tog aspekta. U ovom dijelu analize uspostavlja se kritički odnos između različitih aspekata europske i američke prosvjetiteljske misli, te Lizardijev udio u tom odnosu. U zaključnom dijelu sažimaju se rezultati cjelokupne analize i na temelju njih se predlaže nova valorizacija analiziranih tekstova.